

LA AUTOBIOGRAFIA MODERNA ENTRE LA HISTORIA Y LA LITERATURA

Early Modern autobiography between history and literature

JAMES S. AMELANG¹

RESUMEN

Este artículo trata la influencia que han ejercido las perspectivas disciplinares de distintas ciencias humanas sobre interpretaciones recientes de la autobiografía moderna. Pone particular énfasis en las diferencias entre cómo especialistas en la Historia y en la Historia de la Literatura plantean el estudio de la escritura autobiográfica. Cuatro de estas diferencias son señaladas como especialmente relevantes: la definición de la autobiografía, el énfasis en la identidad del autor y el contexto como claves para la comprensión de los textos, los juicios sobre la calidad literaria como criterio de investigación y el grado de adhesión a un esquema burckhardtiano que presenta la autobiografía como una expresión particularmente visible del individualismo moderno. Finaliza con una sugerencia de cautela con respecto a futuras colaboraciones interdisciplinares en el estudio de esta temática tan interesante.

Palabras clave: Autobiografía, Historia, Literatura, Disciplina, Individualismo, Subjetividad, Interdisciplinaridad, Ego-documentos, Fuentes, Jacob Burckhardt, Géneros, Autor, Contexto, Jean-Jacques Rousseau, Biografía, Miquel Parets, Barcelona, Philippe Lejeune, Historia de las Mujeres, Natalie Davis, Carl Schorske.

ABSTRACT

This article examines some of the ways in which diverse disciplinary perspectives within the humanities have shaped recent interpretations of early modern autobiography. It focuses in particular on how historians and literary scholars vary in their approaches to the study of autobiographical writing. Four differences are identified as especially important: the definition of autobiography, emphasis on authorial identity and context as keys to understanding texts, judgments regarding literary quality as a condition for research, and degree of attachment to a Burckhardtian framework which sees autobiography as an especially visible expression of modern individualism. It then closes by urging a bit of caution in regard to future interdisciplinary work on this intriguing subject.

Key words: Autobiography, History, Literature, Discipline, Individualism, Subjectivity, Interdisciplinarity, Ego-documents, Sources, Jacob Burckhardt, Genres, Author, Context, Jean-Jacques Rousseau, Biography, Miquel Parets, Barcelona, Philippe Lejeune, Women's history, Natalie Davis, Carl Schorske.

1. Universidad Autónoma, Madrid. Este artículo tiene sus orígenes lejanos en una ponencia que presenté en junio de 2004 en un congreso titulado "Ways of Individualization from an Interdisciplinary Perspective, 15th-19th Centuries" (Formas de individualización desde una perspectiva interdisciplinar, siglos XV-XIX), organizado por el Historisches Kolleg en Munich, Alemania. He revisado el texto para incorporar algunos de los comentarios que realicé posteriormente en una conferencia pronunciada en octubre de 2004 en el Departamento de Historia Moderna y de América de la Universidad de Granada. Quisiera dar las gracias a ambas instituciones y particularmente a Kaspar von Greyerz y Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz por su gran hospitalidad.

El objetivo de este ensayo es doble. En primer lugar, repasaré brevemente algunas de las maneras en las que distintas perspectivas disciplinares han dado forma a nuestro entendimiento de la autobiografía moderna. Prestaré atención a dos disciplinas en particular, la historia y los estudios literarios, aunque algunas de mis observaciones también serán relevantes para otros campos de estudio. En segundo lugar, trataré sobre la base de mi propia experiencia una cuestión de importancia creciente para los historiadores: cómo relacionar nuestro trabajo de la mejor forma posible con el de nuestros colegas de otras disciplinas dentro del marco común de las humanidades. Con este fin, me concentraré en la relación entre la autobiografía y el aumento del individualismo y de la “conciencia de sí mismo” (*selfhood*) y la subjetividad, el marco estándar en el que se interpone invariablemente la larga historia de la escritura autobiográfica.

Mi punto de partida incluye dos supuestos. El primero es que la intervención reciente de los historiadores ha transformado el estudio de la autobiografía, algo que parece bastante obvio si se comparan las obras que se escriben actualmente y las que se publicaron en la pasada generación, por ejemplo. La cuestión de si el estudio de la autobiografía ha cambiado a la historia es más discutible. El creciente interés de los historiadores por la autobiografía no significa necesariamente que esta problemática se haya desplazado hacia el frente de nuestra disciplina. En cualquier caso, por lo que observo, se ha reflexionado muy poco sobre estas cuestiones. Las preguntas de cómo los historiadores han cambiado el entendimiento general de la autobiografía, y de cómo los cambios en la forma de entender la autobiografía han influido sobre la historiografía aún esperan una respuesta.

El segundo supuesto del que parto es que hay tres disciplinas concretas que son las que más han contribuido a nuestro entendimiento actual del individualismo moderno y de la forma en que se ha refractado a través de la autobiografía. Se trata de la historia y crítica literarias, la filosofía y la historia. La decisión de concentrarme en los dos polos externos de este espectro, los estudios literarios y la historia, no significa que considere que la contribución de la filosofía carece de importancia. Más bien se debe a que me faltan el conocimiento y la experiencia necesarios para poder decir nada interesante al respecto. Para subrayar aún más esta cuestión, me concentraré deliberadamente sobre tendencias amplias y bastante obvias a expensas de casos individuales y excepcionales.

Si comparáramos directamente los enfoques de los historiadores con los de los estudiosos de la literatura respecto de la autobiografía moderna, me atrevería a decir que, pese a todo lo que se habla actualmente sobre la inderdisciplinabilidad, nos llamarían mucho más la atención las diferencias entre ellos que las similitudes. Incluso en estos tiempos de celebración del hibridismo, en los que los estudiosos de la literatura recurren a los archivos y la jerga literaria fluye suavemente de la boca de los historiadores, sigue siendo bastante fácil detectar la formación disciplinar del autor de cualquier estudio sobre la autobiografía. Esto demuestra, entre otras cosas, la fuerza persistente de las perspectivas dis-

ciplinares². Por “disciplina” entiendo dos cosas. En primer lugar, la disciplina es el hábito de aceptar limitaciones, lo cual suele significar en contextos universitarios una reducción voluntaria del enfoque, con miras a mejorar la propia visión de un determinado objeto. No obstante, esto a menudo se ve desde una perspectiva crítica; es cierto que si uno reduce su campo de visión lo suficiente, pronto habrá muchas otras cosas que será incapaz de ver. Por lo tanto, cuando los postestructuralistas se refieren a “disciplina” de forma negativa, generalmente suelen estar pensando en esta autocircunscripción.

Naturalmente, la disciplina tiene otra cara que para muchos es más positiva. Este segundo sentido evoca la adopción del rigor de determinados procedimientos y, por encima de todo, el hecho de compartir un determinado punto de vista. En este sentido, las disciplinas acaban inculcando en sus seguidores no sólo un sentido de la importancia de ciertas temáticas y técnicas, sino también una serie de supuestos previos y a menudo tácitos. Cuando estos seguidores se ponen en marcha para enfrentarse a sus tareas lo hacen con estos supuestos en mente. El hecho de que tal vez no se den cuenta de la presencia de dichos supuestos es un testimonio más de la fuerza y la capacidad de penetración de la formación disciplinar, algo que, por cierto, no me parece problemático.

Existen muchas diferencias entre los estudiosos de la literatura y los historiadores en cuanto a la forma en la que abordan y analizan la autobiografía. Quisiera destacar cuatro de ellas que merecen una atención particular:

a. En primer lugar, la diferencia más obvia es la manera en la que cada disciplina define la autobiografía. En este aspecto se observa un contraste directo entre el rigor formalista de los estudiosos de la literatura y la deliberada falta de rigor de los historiadores. Los primeros abordan la autobiografía utilizando definiciones firmes³. De hecho, no dudan en excluir de su ámbito textos que no reúnen un mínimo de criterios estrictos. Basta con recordar no sólo el carácter exhaustivo de la definición de autobiografía de Philippe Lejeune —“una narración

2. Para consultar dos perspectivas sobre el mundo académico desde el punto de vista de las disciplinas individuales, véanse BENDER, T. y SCHORSKE, C.E. (eds.), *American Academic Culture in Transformation: Fifty Years, Four Disciplines*, Princeton, 1998 y BEARN, A.G. (ed.), *Useful Knowledge: The American Philosophical Society Millenium Program*, Filadelfia, 1999. El artículo de Sir John ELLIOTT “Reconstructing the Past” (pp. 185-198 de ésta última obra) ofrece una evaluación concisa y provocadora del estado actual de la historia.

3. Para ser justos, también se debería tener presente el grupo de estudiosos de la literatura que rechaza abiertamente la posibilidad de definir la autobiografía. Véase, por ejemplo, el esclarecedor análisis de ABBOTT, H.P., “Autobiography, Autography, Fiction: Groundwork for a Taxonomy of Textual Categories”, *New Literary History*, 19, 1988, pp. 597-615 [599], que sitúa en los dos extremos de la crítica literaria de la autobiografía por un lado a los críticos que creen que su adopción de una forma de ficción como parámetro normativo le otorga una forma narrativa repetible y por el otro los que concluyen que como género literario la autobiografía es básicamente indefinible.

retrospectiva en prosa escrita por una persona real sobre su propia existencia, concentrándose en su vida individual y particularmente en la historia de su personalidad”⁴—, sino también su insistencia general sobre el hecho de que si cualquiera de estos elementos estaba ausente, la obra en cuestión no se debería considerar como autobiografía.

Pocos historiadores son tan exigentes cuando abordan el estudio de sus textos. De hecho, lo que destaca es precisamente lo contrario, nuestra aparente indiferencia acerca de la presencia o ausencia de determinadas cualidades formales. De ahí el éxito de los términos que evitan especificidad genérica entre los historiadores que estudian autobiografías modernas. Entre ellos figuran los términos “ego-documentos”, “autoescritura” o “documentos personales”, por mencionar sólo tres de los eufemismos con mayor aceptación. Parece estar claro que los historiadores utilizan estos términos como sustitutos virtuales del término autobiografía, o bien para referirse a algo más amplio que una autobiografía en el sentido estricto de Lejeune. La cuestión de si al hacerlo evitan problemas o no es algo totalmente distinto. No obstante, una consecuencia innegable, y para mí, muy positiva, del uso por parte de los historiadores de categorías tipológicas amplias tales como ego-documentos es el hecho de que estas definiciones imprecisas acaban permitiendo la inclusión de una serie de textos más amplia y variada. A fin de cuentas, las emociones fuertes (a favor o en contra) que suscitan los cánones entre los estudiosos de la literatura encuentran muy poco eco entre los historiadores. Con nuestra especie de ingenuidad única, simplemente nos dirigimos a los documentos —y en el caso de los ego-documentos, esto significa prácticamente todo tipo de textos— y con toda naturalidad los manejamos para nuestros propios fines, sin detenernos a pensar que al hacerlo podríamos estar confirmando o contradiciendo jerarquías de importancia establecidas⁵.

“Para nuestros propios fines”: esta es, desde mi punto de vista, la clave de la cuestión. Los estudiosos de la literatura y los historiadores aplican distintas definiciones —una más estricta, y la otra mucho mucho más flexible— porque persiguen distintos objetivos. Un resultado inmediato de esta diferencia es que los adeptos de cada disciplina someten la escritura autobiográfica a cuestiones muy distintas. Hasta hace poco, los historiadores solían considerar la autobiografía no como una materia sino como una fuente. Nuestro objetivo era, adaptando la famosa frase de Marc Bloch, interrogar al autobiógrafo y a su texto, en un intento de que sirvieran de testigos en el tribunal del pasado. El interés de los historiadores no estaba en el documento en sí, y mucho menos en su forma,

4. LEJEUNE, P., *On Autobiography*, en EAKIN, P.J. (ed.), Minneapolis, 1989, p. 4.

5. Así DEKKER, R., “Jacques Presser’s Heritage: Egodocuments in the Study of History”, *Memoria y Civilización*, 5, 2002, pp. 13-37 [14], ofrece lo siguiente como definición actual más sencilla de un ego-documento: un “texto en el que el autor escribe sobre sus propios actos, pensamientos y sentimientos”. Huelga decir que es difícil imaginar una definición más amplia que ésta.

sino en lo que el documento pudiera revelar sobre otros asuntos. “Revelar” es un término muy apropiado en este contexto, dado que detrás de esta práctica subyacía la esperanza de que la autobiografía volviera visibles elementos que eran invisibles o demasiado difíciles de ver a partir de otras fuentes.

Es necesario dejar claro que los que recurrían a la autobiografía como fuente en absoluto eran los “típicos” historiadores disciplinares. El hecho de conceder a la autobiografía esta clase de protagonismo significa invertir la jerarquía de fuentes construida tras la revolución rankeana que profesionalizó la disciplina histórica en el siglo XIX. La nueva disciplina científica de la historia había formado a los historiadores para que prefirieran las fuentes “objetivas” y directas a las “subjetivas” e indirectas, lo cual generalmente se refería a los documentos primarios, de archivo en vez de las crónicas subjetivas, más secundarias. Cuando Wilhelm Dilthey o Karl Lamprecht, por mencionar sólo a dos de los defensores más prominentes de una historia específicamente cultural dentro de la cultura histórica más profesionalizada de finales del siglo XIX, empezaron a abogar por la reintegración de los textos autobiográficos como fuentes para la historia, lo hicieron desde una postura externa a la corriente dominante en la práctica histórica, que había relegado los textos en primera persona a un nivel bajo y secundario en el escalafón de las fuentes. Aunque está claro que a partir de Ranke los historiadores disciplinares recurrieron a fuentes autobiográficas con más frecuencia de la que se suele reconocer, poco había dentro de los protocolos formales de la profesión que autorizara tales prácticas. La legitimación de la autobiografía como fuente fue un proceso lento que necesitó un tiempo y un esfuerzo considerables y sólo finalizó hace poco.

Varios factores contribuyeron a este giro hacia la autobiografía, entre los que figuran: el creciente desafío a la cerrazón de la historia política e institucional que se produjo bajo los auspicios del profesionalismo triunfante (aquí la escuela de los *Annales* desempeñó el papel principal); el surgimiento de una alternativa en forma de una historia específicamente cultural (los nombres de Jacob Burckhardt, Marc Bloch y Johan Huizinga nos vienen a la mente con facilidad); y un cierto cambio hacia enfoques más fenomenológicos no sólo en la filosofía, sino también en otras disciplinas afines a la historia, sobre todo dentro de las ciencias sociales (uno piensa en la antropología en particular). Sin embargo, la autobiografía no se desprendió del estigma de ser “sólo una fuente” hasta hace bastante poco. Los historiadores sólo han empezado a prestar atención a la autobiografía propiamente dicha hace aproximadamente una generación. Al hacerlo, la han convertido en el objeto de estudio en vez de ser un elemento auxiliar para el estudio de algo distinto. En esta nueva fase, los historiadores aún recurren a la autobiografía para llegar a otras cuestiones, pero se considera que éstas están muy relacionadas con la autobiografía en sí: por ejemplo, lo que las personas pensaban sobre sí mismas, y en qué circunstancias y por qué razones pudieron considerar que era importante escribir sobre sí mismas.

b. Los estudiosos de la literatura tienden a abordar la autobiografía, utilizando el término que emplean, como un género. En otras palabras, ésta se ha ganado el reconocimiento como una forma específica de literatura. Queda en el aire la cuestión acerca de si existe un firme consenso sobre las características exactas de este género, dado que la autobiografía se considera una forma literaria bastante singular. Por un lado está dotada de suficiente referencialidad y pretensiones de verdad como para distinguirla de la pura ficción. Por otro lado, contiene suficiente *volonté de style* y espíritu narrativo como para elevarla muy por encima de la mera descripción de hechos. En cualquier caso, el enfoque disciplinar sobre la forma permitió a los estudiosos de la literatura concentrar sus recursos fundamentalmente, y a menudo exclusivamente, sobre el texto, a expensas de otros dos elementos: el autor y el contexto en el que éste escribió.

Este enfoque alcanzó su apogeo, si se le puede calificar como tal, con varias declaraciones casi contemporáneas relativas a “la muerte del autor”, de las cuales las más conocidas fueron el ensayo homónimo escrito por Roland Barthes y “¿Qué es un autor?” de Michel Foucault⁶. Algunos piensan que estas manifestaciones marcaron una ruptura radical con la práctica literaria del pasado. Otros sospechan todo lo contrario: que lejos de ser una innovación del estructuralismo o del postestructuralismo, éstas eran sólo formas especialmente provocativas de manifestar lo que había estado implícito en una gran parte de la crítica formalista del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Sea cual fuere el caso, se puede estar seguro de que los historiadores creen algo bastante diferente. Tendemos a creer —o más bien, se nos forma para creer— no sólo que los textos se pueden “explicar” mediante la reconstrucción de la identidad y del contexto del autor, sino también que este trabajo disciplinar de personalización y contextualización es prácticamente el *único* trabajo de explicación que debe realizarse. La sugerencia de que la biografía y el contexto engendran de alguna manera el significado suele ser considerada por los no historiadores, sobre todo los críticos literarios, como un ejemplo más, aunque excepcionalmente clamoroso, del problema fundamental de los historiadores: nuestra ingenuidad analítica. En el caso de la autobiografía, los historiadores nos mostramos particularmente toscos por nuestra indiferencia y desatención a la forma literaria cuando lo que se está estudiando es precisamente una forma de literatura. Al hacerlo, cometemos el peor pecado posible cuando analizamos un texto: suponemos que es transparente, lo que significa que prácticamente se explica a sí mismo⁷.

6. BARTHES, R., “The Death of the Author”, en HEATH, S. (ed.), *Image-Music-Text*, Nueva York, 1977, pp. 142-148 y FOUCAULT, M., “What is an Author?”, en RABINOW, P. (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, 1984, pp. 101-120.

7. El contraste de Michael Roth entre “la arrogancia de la metodología formalista” y “la ingenuidad del realismo del sentido común” es una excelente caracterización de la diferencia a la que

c. Una tercera diferencia corresponde a la cuestión de los juicios de valor, sobre todo los juicios de valor en gran parte implícitos y, desde el punto de vista de los historiadores, particularmente contraproducentes por parte de los estudiosos de la literatura. En el campo de la literatura, no todos los textos merecen ser estudiados. Para que se les dedique atención, los textos deben cumplir una especie de requisitos mínimos de calidad. La regla tácita —tácita por ser tan obvia— es que no se deben escatimar esfuerzos en la literatura ni malgastarlos en la escritura, que es otra forma de decir que no toda la escritura es literatura, y mucho menos buena literatura. Actualmente, los historiadores tampoco creen que todos los documentos merezcan que se les dedique el mismo tiempo y esfuerzo. No obstante, por lo general discriminamos en función del contenido de los documentos, no de la forma en la que se escribieron. No quiero decir que los historiadores se ocupan del contenido mientras que los estudiosos de la literatura se concentran en la forma. La verdadera diferencia es más bien que los historiadores piensan que la forma y el contenido se pueden separar. Este es otro supuesto que la mayoría de los estudiosos de la literatura consideraría ingenuo, por no utilizar otro término más fuerte.

Esta diferencia puede parecer banal, pero yo diría que ha tenido consecuencias importantes sobre la forma en la que ambas disciplinas evalúan la autobiografía moderna. Cuando los historiadores estudiamos la autobiografía, nuestra libertad respecto de las limitaciones del enfoque por géneros nos lleva a tener en cuenta cualquier forma de escritura que narre una experiencia vivida en primera persona. Generalmente se suelen evitar los juicios de “calidad” literaria. Por consiguiente, no parece casual que los historiadores hayan acabado insistiendo en que la Edad Moderna estaba repleta de autobiografía. Observamos una plétora de formas de auto-escritura y de modelos para el acto de “documentar” la experiencia, ideas, observaciones, sentimientos, o lo que sea. Es interesante contrastar esto con el consenso generalizado entre los historiadores de la literatura de que apenas se escribió autobiografía en la Edad Moderna. Éstos creen que, con sólo unas cuantas excepciones notables, la verdadera autobiografía —y ésta es una distinción muy reveladora— no empezó a florecer hasta la revolución rousseauiana de mediados del siglo XVIII.

La referencia a la “verdadera autobiografía” tiene por lo menos dos efectos. En primer lugar, convierte la teleología en tautología, ya que los estudiosos de la literatura se enredan en un argumento circular fabricado por ellos mismos. Empiezan igualando toda la autobiografía con la autobiografía moderna; es decir, insisten en que, para que se pueda clasificar como autobiografía, un texto debe

me refiero. Véase su “Introduction” a ROTH, M.S. (ed.), *Rediscovering History: Culture, Politics and the Psyche*, Stanford, 1994, p. 4.

encajar con la autobiografía tal como la practicaban Rousseau y los que le siguieron, lo cual constituye, naturalmente, la esencia de la definición de Lejeune. Así, no es sorprendente que suelen encontrar tan poca escritura autobiográfica *antes* de Rousseau, y a los pocos ejemplos que encuentran les acaban otorgando inevitablemente el estatus de “precursores”. Es como si esperaran que los autores de estos textos escribieran para el futuro en vez de escribir para su propia época, mientras miraban a su propio pasado.

El segundo efecto de lo que muchos historiadores considerarían como un anacronismo —y quisiera recordarles la máxima de Lucien Febvre de que el anacronismo es el peor pecado que puede cometer un historiador— es que al concentrar tanto su búsqueda en el género de la autobiografía en sí, los estudiosos de la literatura a menudo pierden de vista varios subgéneros afines, tales como las memorias, cartas, crónicas, diarios —lo que ellos llaman las formas menores y nosotros, los historiadores, simplemente llamamos los otros ego-documentos. Ahora bien, quisiera aclarar sin demora que últimamente ha habido muchos signos de cambio en los estudios literarios. Ahora es mucho más común observar que se dedica atención, a veces considerable, a cartas, diarios y otros textos de este tipo. Además, si los historiadores literarios están recibiendo críticas por ignorar estas formas, éstas no vienen de los historiadores sino de sus colegas, los historiadores de la literatura, que demuestran un fuerte interés por ellas. No obstante, el hecho de que generalmente se siga considerando a las cartas y textos afines como los parientes pobres del género más digno de la autobiografía propiamente dicha es algo que apenas se puede cuestionar.

d. Por último, dado que los historiadores y los estudiosos de la literatura trabajan dentro de tradiciones disciplinares distintas, y que estas tradiciones representan un fuerte peso a lo largo de las generaciones, un resultado previsible es que hay una serie de figuras especialmente importantes para los herederos de estas tradiciones. Sinceramente, no conozco lo suficiente sobre las prácticas específicas de los estudiosos de la literatura en cuanto a la herencia como para especular sobre sus padres fundadores. Sin embargo, en el caso de la historia, todo el que trabaja sobre el tema del yo moderno y el individualismo escribe a la sombra de un único gran patriarca. Esto significa, hablando en plata, que tenemos que tratar con Burckhardt. Para bien o para mal, ellos no tienen que hacerlo.

El hecho de que los historiadores trabajen tan seguros bajo la sombra de Burckhardt implica al menos tres ironías. En primer lugar, Burckhardt se consideraba a sí mismo como alguien que rechazaba deliberadamente una gran parte de lo que constituía la historia disciplinar en su propia época. Disfrutaba mucho de su papel autoproclamado de crítico de la historia practicada según los parámetros profesionales de sus tiempos. Además, respaldó todo esto en la

práctica con su famoso rechazo de ir a Berlín para asumir el título de sucesor de Ranke cuando se le ofreció la cátedra de este último. Burckhardt nunca renunció a su visión de la historia como un arte y no como una ciencia. Tampoco cesó jamás en su crítica del profesionalismo como pretexto para la cerrazón, lo cual era, desde su punto de vista, un defecto fatal de carácter demasiado típico de la sociedad contemporánea y de su cultura⁸.

En segundo lugar, pese a todo el alboroto que suscitó la tesis de Burckhardt sobre el individualismo del Renacimiento, si se lee este trabajo con detenimiento se puede comprobar que contiene relativamente poco sobre la autobiografía, y que tampoco le concede tantos privilegios como fuente. Es revelador el hecho de que la gran obra de la historiografía en lengua alemana sobre la evolución de la autobiografía, el extensísimo e inacabado estudio de Georg Misch⁹, no sólo tuvo su origen en tradiciones bastante diferentes, sino también que Misch describió la relación entre el individualismo y la escritura autobiográfica de una forma distinta y con más matices de lo que lo hizo Burckhardt. Así, aunque no se puede dudar de la influencia de Burckhardt sobre nuestro entendimiento actual de la era moderna en relación con la individualización, éste hizo relativamente poco para trazar un mapa de la conexión precisa entre la escritura autobiográfica y lo que él célebramente llamó el “descubrimiento renacentista del hombre”, que es lo que realmente le interesaba. De hecho, para Burckhardt la *biografía* desempeñó un papel mucho más importante que la autobiografía como signo del nuevo individualismo.

Una tercera ironía surge del hecho de que la aceptación del punto de vista de Burckhardt entre los historiadores depende del lado de la gran división cronológica en que uno se encuentre. Los medievalistas suelen mirar de reojo la visión burckhardtiana de la Edad Media, “medio despierta bajo un velo común... de fe, ilusión y prejuicios infantiles” hasta que sonó el despertador del Renacimiento¹⁰. Por otra parte, la misma construcción de la Edad Media como una época retrógrada es algo que la gran mayoría de los modernistas acepta sin dificultad. Se sabe, claro está, que ha habido voces de disensión entre éstos.

8. Se ha escrito mucho sobre Burckhardt y su perspectiva sobre la historia. Unas aportaciones especialmente útiles son WEINTRAUB, K.J., *Visions of Culture*, Chicago, 1966, pp. 115-160; WHITE, H., “Burckhardt: the Ironic Vision”, en *Metahistory*, Baltimore, 1973, pp. 230-264; o la “Introducción” de Peter BURKE a la obra *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Harmondsworth, 1990, pp. 1-16. Entre los estudios recientes que destacan la forma en la que su conservadurismo social y político influyó sobre su actitud hacia la escritura de la historia figuran el de HINDE, J.R., *Jacob Burckhardt and the Crisis of Modernity*, Montreal, 2000 y el de SIGURDSON, R., *Jacob Burckhardt's Social and Political Thought*, Toronto, 2004, así como los estudios citados más abajo.

9. MISCH, G., *Geschichte der Autobiographie*, Frankfurt am Main, 1949-69, 4 vols.

10. Cito a BURCKHARDT, J., *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Nueva York, 1958, vol. I, p. 143.

Natalie Davis, por ejemplo, cuestionó en un ensayo bien conocido “la famosa máxima de Burckhardt” de que el hombre medieval se consideraba a sí mismo no como un individuo sino como un miembro de un grupo¹¹. No obstante, en general, los historiadores de la Europa moderna se han mostrado bastante contentos de disfrutar de las consecuencias positivas del vínculo forjado por Burckhardt entre el individualismo y la modernidad. Después de todo: ¿para qué mirarle el diente a un caballo regalado?

Con Burckhardt alcanzamos el punto en el que se supone que se han encontrado el yo y la autobiografía. En este momento, quisiera referirme brevemente a mi propio trabajo para ilustrar mejor algunas de las hipótesis que acabo de presentar.

Cuando empecé a interesarme por la autobiografía, hace muchos años, entré por la puerta trasera. En otras palabras, yo era un especialista en historia urbana cuya investigación se concentraba en su mayor parte en las cuestiones típicas de la historia social: la reproducción de los grupos sociales, las pautas de movilidad individual dentro de estos estratos, etc. Mientras realizaba mi investigación sobre la ciudad de Barcelona en el siglo XVII, me encontré con un texto que me pareció muy interesante: una mezcla de diario, memoria familiar y crónica ciudadana, escrito entre 1626 y 1660 por un maestro zurrador de pieles, Miquel Parets¹². Lo que más me intrigó de este texto fue el mero hecho de que existiera. Me pregunté: ¿por qué un artesano se habrá molestado tanto y habrá dedicado tanto esfuerzo en escribir este extenso y laborioso documento?

Hay que ser ingenuo. El hecho de hacerme esta pregunta entre todas las preguntas posibles demuestra lo desencaminado que iba. Cualquiera que estuviese algo familiarizado con el ambiente de la época sabría que muchos estudiosos de la literatura se habrían hecho el harakiri antes de preguntar algo tan estúpido como cuál era la intención del autor. A continuación empeoré mi insensatez siguiendo mis instintos disciplinares, que eran dirigirme directamente a los archivos. Por cierto, utilizo el término “instintos” de forma bastante literal, porque en ningún momento me paré a reflexionar. Simplemente di por sentado que la respuesta a mi pregunta se podía encontrar aprendiendo más sobre el autor y el contexto en el que éste vivió y trabajó.

11. DAVIS, N.Z., “Boundaries and the Sense of Self in Sixteenth-Century France”, en HELLER, T. *et al.* (eds.), *Reconstructing Individualism: Autonomy, Individuality and the Self in Western Thought*, Stanford, 1986, pp. 53-63.

12. El manuscrito del texto original se encuentra en la Biblioteca Universitària de Barcelona/Mss. 224-225. He coeditado una parte del mismo en AMELANG, J.S. y TORRES I SANS, X. (eds.), *Dietari d'un any de pesta: Barcelona, 1651*, Vic, 1989. Estudio esta obra dentro del contexto más amplio de la escritura autobiográfica popular en mi libro *The Flight of Icarus: Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, 1998. Para una versión abreviada de la misma en español, véase *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid, 2003.

En fin, se aprende de lo que se vive. Pasé mucho tiempo estudiando los archivos, y descubrí más de lo que esperaba sobre el autor, su familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, etc. Huelga decir que no aprendí casi nada sobre la pregunta que había iniciado mi búsqueda, que era el motivo por el que el autor había escrito su texto. Afortunadamente para mí, también había estado leyendo otras cosas. Este era el momento historiográfico preciso en el que estaban empezando a aparecer los primeros estudios de peso sobre las autobiografías “populares”. En 1978, Alain Lottin publicó su biografía pionera sobre Pierre-Ignace Chavatte, un obrero textil que escribió una extensa crónica de Lille, su ciudad natal. Posteriormente se publicaron el conocido ensayo de Robert Darnton sobre “La gran matanza de gatos” (basado en las memorias de un obrero de una imprenta), el corto pero incisivo estudio de Paul Seaver sobre las obras del tornero puritano Nehemiah Wallington, y sobre todo la edición y estudio de Daniel Roche de las extraordinarias memorias del vidriero parisino Jacques-Louis Ménétra¹³. Fue en estas obras como en los otros ego-documentos que estaba empezando a reunir y a leer por mí mismo donde comencé a encontrar elementos que, según pensé, me podrían ayudar a progresar con mi investigación. Y fue más bien hacia el final cronológico de todo esto cuando empecé a leer sobre la autobiografía en la historia y teoría literarias.

Debo confesar que éstas me provocaron sentimientos encontrados. Aprendí mucho, en gran medida porque tenía mucho que aprender. Si perdí algo de mi ingenuidad, fue gracias a la lectura, entre otros, de los estudios de Georges Gusdorf, Jean Starobinski, James Olney, Elizabeth Bruss, Philippe Lejeune, Paul Eakin y Marcus Billson¹⁴. En esta etapa, los estudios de otros historiadores interesados en la autobiografía también fueron cruciales para mí, y tengo una gran deuda con las reflexiones de Rudolf Dekker, Kaspar von Greyerz, Peter Burke, Emmanuel Le Roy Ladurie, Daniel Roche y Natalie Davis. No obstante, cuando se trataba de la cuestión específica de la autobiografía popular, es decir, la escritura personal realizada por personas que se encontraban fuera de las principales tradiciones literarias, me daba la sensación de que no se había dado en el clavo. Faltaba algo.

La primera vez que tuve esta impresión fue cuando leí el ensayo de Lejeune sobre la autobiografía de “aquellos que no escriben”, un título muy prometedor.

13. LOTTIN, A., *Chavatte, Ouvrier Lillois: Un Contemporain de Louis XIV*, París, 1979; DARN-TON, R., “Workers Revolt: The Great Cat Massacre of the Rue Saint-Séverin”, en *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, 1984, pp. 75-104 (hay traducción castellana, México, 1987); SEAVER, P.S., *Wallington's World: A Puritan Artisan in Seventeenth-Century London*, Stanford, 1985; y MÉNÉTRA, J.L., *Journal de ma Vie*, París, 1982.

14. Para obtener una excelente perspectiva general sobre el estudio de la autobiografía que resume muchas de estas contribuciones, véase el trabajo de MARCUS, L., *Auto/biographical Discourses: Theory, Criticism, Practice*, Manchester, 1994.

Esto era exactamente sobre lo que se concentraba mi estudio de la autobiografía popular: la suposición del acto de la “auto-autoría” (*self-authorship*) por parte de personas que, según las expectativas sociales normales, nunca tendrían el motivo ni la capacidad para hacerlo. Imaginen mi sorpresa cuando leí en Lejeune que lo que yo estaba estudiando simplemente no existía, ya que en su texto presentaba el siguiente argumento: que la escritura autobiográfica ha sido una práctica social limitada a las clases educadas, gracias al control por parte de las mismas de los medios de comunicación, primero la escritura y luego la imprenta; y si alguien no perteneciente a dichas clases conseguía escribir una autobiografía, esto representaba un “acto de ascenso social y de asimilación a la cultura dominante”. Por consiguiente, el texto ya no se podía considerar como perteneciente a una esfera distinta a la de la cultura de élite¹⁵. Mi sorpresa fue aún mayor cuando descubrí que el análisis de la autobiografía moderna de Lejeune se limitaba a los textos que habían alcanzado la imprenta. Yo había dado por sentado que la amplia mayoría de textos autobiográficos modernos no habrían pasado de ser manuscritos, y que si alguna vez habían llegado a imprimirse sería mucho tiempo después de la muerte de sus autores.

No quisiera ser injusto con Lejeune: desde entonces ha cambiado de opinión sobre ambas cuestiones y, de hecho, una gran parte de su trabajo reciente se concentra directamente en casos poco corrientes y bastante difíciles de escritura autobiográfica por parte de autores que no encajan en las categorías establecidas¹⁶. Sin embargo, en esa época, me parecía que los supuestos previos habían descartado claramente posibilidades que no eran evidentes desde el punto de vista de su disciplina. El hecho de que este ejercicio de autonegación ya no esté en vigor indica hasta qué punto se han producido cambios en el estudio literario de la autobiografía. Huelga decir que esto me lleva a preguntarme en qué medida hay que agradecer este cambio al trabajo de los historiadores.

La respuesta es: bastante. Pero no a cualquier historiador. Si me preguntaran dónde se ha originado este cambio, diría sin vacilar: lo que ha transformado nuestro entendimiento de todas estas cuestiones es la historia de las mujeres y, más concretamente, la historia de lo que han escrito las mujeres y cómo —y *por qué*— lo han escrito. Desde luego empecé a darme cuenta con el paso del tiempo que, dada la escasez de estudios de autobiógrafos campesinos y artesanos de la Edad Moderna, lo más parecido que iba a encontrar en mi búsqueda de autoescritores en la misma postura ambivalente era el caso de las mujeres. Efectivamente, fue en los estudios de las autobiografías de mujeres realizados

15. LEJEUNE, P., *op. cit.*, pp. 198-204. Debo hacer constar que yo había hecho la misma crítica con anterioridad en mi texto *The Flight of Icarus...*, p. 368.

16. Para comprobar la ruptura posterior de Lejeune con lo que su editor Paul John Eakin llama su “elitismo”, véase su trabajo *On Autobiography*, pp. xvi-xxii.

por historiadoras y estudiosas de la literatura donde se dieron los mayores pasos hacia un replanteamiento de las distintas formas disciplinares de entender dichos textos. Lógicamente, el argumento más convincente a favor de la utilización de definiciones flexibles en vez de rígidas del género de la autobiografía procedió de este colectivo. Las mujeres modernas prácticamente no escribieron autobiografías en el sentido estricto del género, pero sí escribieron una variedad impresionante de cartas, diarios y autobiografías espirituales, además de una gran cantidad de otros ego-documentos, y en este caso el término es muy adecuado¹⁷. Mi creciente convencimiento, basado por supuesto en las presuposiciones que heredé de mi disciplina, de que la identidad social del autor afectaba al texto resultante de múltiples formas, desde los asuntos resaltados o silenciados a la selección de imágenes, metáforas y vocabulario, también proporcionaba un paralelo muy cercano a los hallazgos que estaban obteniendo los historiadores y los estudiosos de la literatura que analizaban los textos escritos por mujeres. Y debo confesar que incluso en ese momento me parecía muy sospechoso que algunos famosos literatos masculinos estuvieran pronunciando la muerte del autor en el preciso momento en que otras estudiosas de la literatura menos conocidas decían que el hecho de que el autor fuera un hombre o una mujer representaba la mayor diferencia del mundo. Esto no sólo era sospechoso, sino que iba en contra del sentido común. Y por si acaso yo pensaba que mi sentido común me había sido inculcado exclusivamente por mi disciplina, aquí encontró una forma afín de entender las cosas que yacía tanto fuera como dentro de mi propio mundo de la historia.

Por lo que se refiere al individualismo, finalmente me encontré leyendo ego-documentos populares muy en contra de los principios de Burckhardt y muy a favor de la perspectiva de Natalie Davis, hasta tal punto que cuando llegué al momento de escribir la conclusión de mi libro, me tomé un pequeño descanso y volví a leer a Burckhardt, precisamente para estar seguro de que no estaba siendo injusto con él. Este fue un gran placer, un momento de lo que alguien cuyo alemán es mejor que el mío llamaría *Lebensgefühl*. No sólo fue el hecho de leer una prosa tan rica y majestuosa, sino también el hecho de que mi memoria me llevara de vuelta a la primera vez que leí *La civilización del Renacimiento*. Había sido en mi primer semestre de postgrado, y el profesor que nos había pedido que lo leyéramos era Carl Schorske, que sometió el texto, junto con la monumental biografía de su autor escrita por Werner Kaegi, a un comentario memorable en clase¹⁸. También se preocupó de subrayar que este libro estaba

17. Más información sobre esta cuestión en SMITH, S., *A Poetics of Women's Autobiography: Marginality and the Fictions of Self-Representation*, Bloomington, 1987, pp. 8-15.

18. Cuya esencia se ha publicado como "History as Vocation in Burckhardt's Basel", en *Thinking with History: Explorations in the Passage to Modernism*, Princeton, 1998 (trad. castellana Madrid,

“más cerca del trabajo del antropólogo que del del historiador tradicional”, sobre todo gracias a su inclinación por las “secciones transversales sincrónicas” en vez de las “fases o secuencias narrativas diacrónicas” características de este último¹⁹. Schorske amplió esta idea en una obra posterior. En un ensayo titulado “La historia y el estudio de la cultura”, abordó la cuestión de las raíces históricas de las diferencias disciplinares que he comentado. Atribuía el giro de varias disciplinas humanísticas alejándose de la historia y acercándose a “la crítica formalista autorreferencial”, volviéndose cada vez menos sociales y más abstractas y descontextualizadas, no sólo al rechazo de la fe ilustrada en el progreso que se produjo tras la Segunda Guerra Mundial. También veía este cambio de paradigmas académicos como parte de un desencanto a largo plazo con la estrecha identificación de la historia con la narrativa política, desencanto que encontró muchos adeptos entre los mismos historiadores. Los primeros desafíos al nuevo modo de historia profesional vinieron precisamente de conservadores culturales del siglo XIX que rechazaban la idea del liberalismo contemporáneo de identificar la historia con la marcha hacia adelante del progreso encarnada en el estado-nación. Al contrario, estos desafectos ofrecían un análisis sincrónico que estaba basado en una mayor variedad de materiales y renunciaba a la narrativa como forma dominante de exposición. Entre los mismos destacaron Alexis de Tocqueville, Fustel de Coulanges y, por supuesto, el mismo Burckhardt. Más de un siglo después, los historiadores actuales han cogido el testigo y continúan en su línea. El resultado, según Schorske, es un momento de *glasnost*, abierto a sentimientos tanto de euforia como de pérdida²⁰.

2001), pp. 56-70. La aldea en la que realicé mis estudios de postgrado resultó ser una auténtica colmena de “burckhardtismo”. Sólo unos pocos años después, se publicaron los trabajos de GILBERT, F., “Jacob Burckhardt’s Student Years: The Road to Cultural History”, *Journal of the History of Ideas*, 47, 1986, pp. 249-274 y *History: Politics or Culture? Reflections on Ranke and Burckhardt*, Princeton, 1990, así como el artículo de GOSSMAN, L., “Cultural History and Crisis: Burckhardt’s Civilization of the Renaissance in Italy”, en ROTH (ed.), *Rediscovering History: Culture, Politics and the Psyche*, pp. 404-427. La mayor y más monumental contribución a esta línea de reflexión es el libro de éste último titulado *Basel in the Age of Burckhardt: A Study in Unseasonable Ideas*, Chicago, 2000, aunque también merece la pena consultar su “Burckhardt between History and Art: Kulturgeschichte, Kunstgeschichte, Genuss”, *Common Knowledge*, 6 (1), Spring 1997, pp. 17-43, así como “Jacob Burckhardt: Cold War Liberal?”, *Journal of Modern History*, 74 (3), Sept. 2002, pp. 538-572. Para una última contribución local, véase la reseña realizada por GRAFTON, A. sobre el libro de Gossman y una traducción reciente de la historia cultural de la antigua Grecia de Burckhardt en el número del 8 de marzo de 2001 de la revista *New York Review of Books*.

19. SCHORSKE, *History as Vocation...*, p. 67.

20. SCHORSKE, “History and the Study of Culture”, en *Thinking with History*, pp. 219-232 [228 y 231]. Por supuesto, nada limita este tipo de crítica al lado derecho del espectro político. Basta pensar, por ejemplo, en la influencia de Fustel de Coulanges sobre Marc Bloch, que fue filtrada en parte a través de su padre, el especialista en Historia Antigua Gustave Bloch. Para más detalles,

La recuperación de Burckhardt como fuente de inspiración para una nueva historia cultural, y para una nueva perspectiva sobre la historia del individualismo y del yo, nos trae de vuelta al punto de partida de la cuestión de las diferencias disciplinares y de qué hacer con ellas. Por supuesto, todavía existe una brecha entre la historia y los estudios literarios, muy aparente en el caso de la autobiografía. ¿Cómo cerrarla? La respuesta en estos tiempos sería: sólo sintetizar. Que haya diálogo, mezcla y mestizaje, para beneficio y enriquecimiento de todos. Y ciertamente, ¿qué terreno sería más ideal que la autobiografía para un punto de encuentro ecuménico entre las disciplinas?

Aquí es donde sale a relucir el cascarrabias que hay en mí. No creo que haya ninguna buena razón para intentar cerrar la brecha, porque pienso que las diferencias disciplinares son algo bueno. Y si creo que debería haber diálogo, entonces debería ser entre personas que piensan y hacen cosas distintas, no lo mismo. No tengo ninguna propuesta que ofrecer para un nuevo reparto de tareas, pero sí pienso que nos iría mejor si presentáramos nuestro diálogo en estos términos. Es decir, en vez de una situación en la que como mestizos felices hacemos todos lo mismo —que es una forma de caracterizar el campo actualmente conocido como “estudios culturales”— deberíamos intentar hacer lo que a cada uno nos sale mejor. Si se me permite llevar este lenguaje neorricardiano un poco más lejos de lo que debería, todos saldríamos ganando si cada uno de nosotros explotara la ventaja comparativa de su propia disciplina. Después de todo, cada uno de nosotros tiene mucho que ganar aprendiendo del modo de funcionamiento distinto del otro. Se podría pensar en muchas transferencias deseables entre nuestras dos disciplinas, los estudios literarios y la historia. Dichas transferencias incluirían datos y las técnicas para descubrirlos y procesarlos, como se ha hecho siempre. Pero, por encima de todo, implicarían aprender de las distintas perspectivas de la otra disciplina, mediante el contacto y no la conversión, mediante la exposición y no la asimilación. De esta forma, cada uno de nosotros podrá desplazarse hacia el terreno que conoce mejor y en el que se siente más cómodo. Hecho esto, podremos cavar donde cavamos mejor: desde el lugar donde estamos posicionados.

véanse FINK, C., *Marc Bloch: A Life in History*, Cambridge-Nueva York, 1989 (trad. castellana Valencia-Granada, 2004), particularmente la p. 32, y DUMOULIN, O., *Marc Bloch*, París, 2000 (trad. castellana Granada, 2003), especialmente las pp. 107-108 y 242-243.